



Al idilio griego le faltó un elemento de primer orden, para sublimar sus áti- cas bellezas.

Si los actores de aquellos divinos coloquios hubieran tenido á mano el Jabón Reuter ¡á qué alturas olímpicas no hubieran ascendido sus ditirámicas estrofas!

—Te amo, Nidya (hubieran dicho), porque hay en tu tez algo de aterciopelado y capitoso, como la fruta que empieza á madurar y enrojecerse, bajo los rayos del sol.

Te amo, porque tus cabellos brillan,

ondulan y caen de lo alto de tu cabeza de diosa, como un torrente de espuma que reflejara un incendio.

Te amo, porque emana de tu piel una blancura y virginal persona un bálsamo maveral, unguento en los aromas del Reuter, creación de Venus, en el momento en que la agraciada habría nacido:

—Pues todo eso, y algo más que sabes, se lo debo al uso diario de Reuter, imprescindible del capitollino, el bálsamo de Reuter, creación de Venus, en el momento en que Juno, protegido y sellado con sus rayos de fuego por el mismo Júpiter,